

## **Economía y política del idioma nacional: Vicente Fidel López y una ciencia para aprovechar el pasado<sup>1</sup>**

Juan Ennis (CONICET-UNLP)

El 23 de septiembre de 1927 Jorge Luis Borges presenta una conocida conferencia sobre la pregunta por el idioma de los argentinos, que entonces recorría las páginas de la prensa de muy diversas, siempre polémicas formas. La escena no debe ser desatendida, puesto que la conferencia, tal como reseña *La Prensa* al publicar el texto al día siguiente, cuenta con presencias notables, que le otorgan el rango de un acontecimiento.<sup>2</sup> Borges, que venía además de tomar parte en la conocida polémica sobre el “meridiano intelectual” entre Madrid y Buenos Aires, sentaba aquí una posición ya esbozada en sus textos, y también en su participación en la encuesta realizada por el diario *Crítica* pocos meses antes a partir de la pregunta “¿Llegaremos a tener un idioma propio?”, desdeñando tanto el “arrabalero de los sainetes” como el afán casticista en el cuidado de un idioma que entiende aún mejorable, y que nunca deja de ser “nuestro idioma”. Lo que, como es de esperarse, nunca atraviesa ni de la manera más remota el horizonte de la disquisición borgeana en torno a una frase nominal que reúna las locuciones “idioma” y “argentinos”, es que lo “indígena” pueda tener algo que ver en el asunto. La lengua es una, es nuestra, y está para hacer una literatura. Finalmente anunciaba: “Vivimos una hora de promisión. Mil novecientos veintisiete: gran víspera argentina” (p. 159). ¿Quiénes vivían esa hora de promisión? Ese “nosotros” acababa de ser claramente delimitado poco antes, al aseverar que en cuanto a la propiedad de un idioma, “mejor lo hicieron nuestros mayores”.

El tono de su escritura fue el de su voz; su boca no fue la contradicción de su mano. Fueron argentinos con dignidad: su decirse criollos no fue una arrogancia orillera ni un malhumor. Escribieron el dialecto usual de sus días: ni recaer en españoles ni degenerar en malevos fue su apetencia.

---

<sup>1</sup> Este trabajo retoma en parte lo desarrollado en Ennis (2018, en prensa).

<sup>2</sup> Degiovanni y Toscano y García han sabido reponer en detalle los pormenores de esta intervención en un artículo imprescindible (2010).

A la hora de definir en qué consiste ese idioma de los argentinos a la imagen y semejanza de sus mayores, Borges niega de plano una posible ininteligibilidad mutua con el resto del español. "Un matiz de diferenciación sí lo hay: matiz que es lo bastante discreto para no entorpecer la circulación total del idioma y lo bastante nítido para que en él oigamos la patria". La patria de Borges parece aquí algo más distinto de aquella a la que Girondo atribuía poco antes la imparcialidad de un cuarto de hotel, pero la fe, también, está en la fonética, o más bien en la entonación. En fin, no es el léxico privativo lo que refiere Borges aquí, es el "ambiente distinto de nuestra voz, [...] la valoración irónica o cariñosa que damos a determinadas palabras, [...] su temperatura no igual". Borges arriesga alguna precisión más, pero en líneas generales podemos decir que su modo de intervenir en la discusión del idioma de los argentinos se resuelve no tanto en la preocupación por el primer término, sino en la clara delimitación del segundo. "Nosotros, los argentinos", entonces, para Borges, es algo que denomina a la descendencia de esos mayores que sí habrían dominado una lengua propia. ¿Quiénes son esos mayores?

Pienso en Esteban Echeverría, en Domingo Faustino Sarmiento, en Vicente Fidel López, en Lucio V. Mansilla, en Eduardo Wilde. Dijeron bien en argentino: cosa en desuso. No precisaron disfrazarse de otros ni dragonear de recién venidos, para escribir. (p. 155)

Esta enumeración puede tener diversos motivos, entre los cuales puede incluirse sin dudas cierta arbitrariedad de la memoria o del azar de las lecturas, aunque sabemos que ambas cosas tienden a ser bastante limitadas en Borges. No obstante, más allá de los rasgos propios de la prosa de cada uno, esos nombres representan también algunas instancias salientes en la historia de la voluntad letrada criolla de dar con una forma propia del lenguaje, que nuevamente, en líneas generales no tendía a preocuparse gran cosa por las formas y sí, por el contrario, por el régimen de su propiedad. Así, corresponde a la generación de Echeverría el haber formulado el reclamo por la soberanía idiomática, y a Sarmiento el desarrollo de una más precisa instrumentación de la misma en Chile. En cuanto a Mansilla, no he hallado intervenciones notorias de su parte en estos debates, aunque probablemente la definición de Borges esté más cerca de encontrar su objeto en el tono de las *Causeries* que del resto del corpus, y en ellas también podemos encontrar indicios claros de cierto americanismo en materia de gestión de la lengua literaria. Eduardo Wilde tiene una intervención en la encendida polémica que en 1900 desata el libro de Abeille, sobre todo en torno a cuestiones

que en principio parecen haberle sido ajenas. Wilde, al igual que muchos, se desentiende de Abeille para hablar con Ernesto Quesada de otros problemas, que conciernen sobre todo a la posibilidad de imponer la propia expresión cotidiana como norma viable en un conjunto mayor.

En todos estos casos, el problema de la lengua de los argentinos no es el de la legitimación de una variedad portadora de una tradición hasta entonces vulgar que debe devenir popular para participar del relato de una posible soberanía que, como querían Alberdi o Sarmiento, se extendiera de la política a la lengua, o de otro modo afirmara en la lengua lo que se pretendía en política. Borges lo deja más en claro que sus antecesores al afirmar que “ni hay un dialecto general de nuestras clases pobres: el arrabalero no lo es”. En el caso más extremo, no se tratará más que de unos pocos rasgos a los que se otorga un alto valor icónico e indicial, muestras de pertenencia, *shibboleths* criollos. Si este era en la propuesta de reforma ortográfica, por ejemplo, el *seseo* americano, en Borges se reduce a ese matiz, ese “ambiente” o “temperatura” de la voz argentina.

Entre los nombres de la lista, finalmente, está el de Vicente Fidel López. Es en el corpus de su obra que se encuentra el antecedente a mi parecer más claro, ya no de aquello que procura señalar Borges como modo de hablar con propiedad en argentino, sino de la misma definición. Ignoro si la filiación es directa, si Borges había leído el texto, pero el parecido me resulta notable. En un texto de 1869, López describe a lo que denomina “lengua argentina” como poseedora de una “*fisonomía especial*, en el cuerpo mismo del habla española”, que reside en un modo de articularse, en un “acento característico”, el cual “es un rasgo nuestro y precioso, que debemos conservar con tenacidad en la lengua argentina para consagrar con él el tipo de nuestro estilo y acabar de fundar así en todas sus facetas la estructura completa y propia de nuestra nacionalidad.” La similitud, puede verse, reside en esta postulación a futuro de una fundación de la nacionalidad en una forma propia de la lengua que, sin salirse de la matriz hispánica, se sustrae a su régimen, a partir de una diferencia tan sutil como radical en la música, la entonación de la lengua. Lo interesante es la explicación. Este acento, esta entonación peculiar y propia le vendría a la “lengua argentina” –también, como la argentinidad, ya entonces, aún futura–, según López, naturalmente, del quechua: “El castellano en Sud-América, como el inglés en Norte-América, tomó un cierto tinte de ternura primitiva en el acento característico del tono simpático de los yaravís” (López 1869d, 542-543).

El texto citado se publica inicialmente en una larga serie de entregas en la *Revista de Buenos Aires* dirigida por Vicente Quesada y Miguel Navarro Viola, a partir de 1865 y hasta 1869, y finalmente aparece como libro en París, bajo el nombre de *Les races aryennes du Pérou. Leur langue – leur religion – leur histoire* (París, Franck – Montevideo, chez l’auteur), en 1871. La historia de su confección y traducción al francés –con la colaboración de un joven Gaston Maspero conchabado para tal fin, y que en ese curioso trance a punto estuvo de detentar la primera cátedra de lingüística europea en Montevideo– es un asunto aparte, y aquí quisiera concentrarme en algunos aspectos singulares del texto tal como va apareciendo en la publicación, y en el modo en que llega a esta hipótesis. Se trata de una de las más notables empresas de simultánea incorporación de un discurso científicamente autorizado sobre las lenguas y los pueblos en estas latitudes, y a la vez de reformulación del indigenismo americanista que proliferara en los discursos de comienzos del XIX, y que figura no sólo una incorporación que se ha dado en llamar “arqueológica” (Kaempfer, Fernández, etc.) o “patrimonial” (Pas 2012) del pasado indígena, sino un intento de capitalización política a través de su integración en la configuración económica de la lengua nacional. Este doble movimiento, en la sugerencia o hipótesis final acerca de la “lengua argentina”, se revela nuevamente como un esfuerzo por integrar a la nación argentina como sujeto histórico en un decurso universal (occidental) de la historia a través de vías contrarias a la de la herencia española. Si Echeverría había pronunciado en la *Ojeada retrospectiva* la necesidad de aceptar, bajo condición de mejora, el solo legado de la lengua de España, López señalará que lo más propio en ella viene de la presencia espectral del mundo prehispánico en su tono.

La *Revista de Buenos Aires*, dirigida por Vicente Quesada y Miguel Navarro Viola, comienza a editarse en mayo de 1863, y estaba dedicada a la publicación de investigaciones y documentos de distinta índole relacionados con la historia y presente americanos en general y especialmente de la Argentina. Prometiéndole fundarse en “el gran contingente de una cooperación ilustrada por parte de los primeros hombres de letras y publicistas Americanos”, y estableciendo su familiaridad con otras publicaciones mensuales “enteramente ajenas a la política” como *La Revista del Pacífico* y *La Revista de Lima*, la publicación daba espacio a diversas investigaciones divididas en cuatro secciones (derecho, historia, letras y variedades) que llevaban con frecuencia la firma de aquellos hombres de letras y publicistas que, inmersos entre otras cosas a través de esas labores en el fragor de la cotidianidad política, procuraban un espacio de relativísima autonomía en el cual difundir estudios que, en última instancia, no

hacían más que desembocar finalmente en su uso político: el de la participación en un relato de lo nacional, el de la capitalización de un patrimonio cultural o lingüístico para el archivo necesario a la constitución de la nación de la que todo Estado debía proveerse.

Autoproclamadamente ajena al fragor de la contienda partidaria, pero contribuyendo a pensar las bases históricas documentables y argumentables de la comunidad política deseada, una publicación de este tipo podía albergar discursos tendientes a la especialización y especificidad científica, que sin embargo contribuyeran a dar forma a una representación eminentemente política de la comunidad (americana o nacional).

En ese marco es que tiene lugar en la revista un interés por la indagación, estudio y puesta en valor de las lenguas y culturas originarias de América. Ya en el n° 5, de agosto de 1863, hay una primera intervención relacionada con el valor de las lenguas indígenas para la construcción de una historia del espacio nacional. En la misma, Vicente Quesada responde a una incertidumbre planteada por el propio Juan María Gutiérrez, en un artículo que, en la sección de “Historia americana” encabezaba la edición bajo el título de “Apuntes sobre el origen de la lengua quichua en Santiago del Estero”, procurando establecer, sobre la base de distintos documentos de cronistas, historiadores y viajeros así como de los datos ofrecidos por la toponimia, la preexistencia de la presencia de la cultura incaica en el territorio ahora argentino al momento de la llegada de los españoles.

En el n° 28, de agosto de 1865, aparecería la primera entrega del trabajo de V. F. López, precedido de una elogiosa introducción de J. M. Gutiérrez. La publicación en sucesivas entregas se repartirá en distintas series, desde la de los “Estudios filológicos y etnológicos sobre los pueblos y los idiomas que habitaban en el Perú al tiempo de la conquista”, luego en 1867 el más extendido “Estudio sobre la colonización del Perú por los Pelasgos en los tiempos prehistóricos, demostrada por el análisis comparativo de las lenguas y de los mitos”, en 1868 el “Sistema astronómico de los antiguos peruanos”, y en 1869, las “Iniciaciones filológicas”. El primer trabajo era una breve muestra de su procedimiento filológico en la indagación de los orígenes del quechua a partir del ejemplo de *viracocha*, en el que procuraba poner de manifiesto la comunidad de origen (y por tanto de destino) de las formas verbales y culturales egipcias, sánscritas y quechuas. “Esta es la verdad de los hechos. La duda no es posible para el hombre que haya ocupado seriamente sus vigilias en el estudio de estos problemas” (p. 482).

Lo novedoso en el caso de esta serie de estudios reside tanto en lo aventurado de sus hipótesis como en el intento de introducirlas a través de la autoridad del discurso de las

ciencias del lenguaje, de cuya esforzada apropiación da cuenta en las páginas introductorias. El modo en que establece los parentescos y conclusiones, a pesar de lo descabellado que pueda parecer, obtiene cierta lógica interna y persigue un argumento que, si bien difícilmente podía ser defendido con éxito en su momento, podemos conjeturar que se encontraba dentro del terreno de lo enunciable. De hecho López llama en su socorro a Bunsen y advierte de los reparos que una de las autoridades más eminentes en la lingüística de la época, August Friedrich Pott, opone a la amplitud de las filiaciones propuestas por este, que él mismo pretendía extender del inicial camino de Egipto a Grecia, Roma y la India, al Cuzco. Esta aspiración inclusiva en una historia que así se revela universal otorga sentido a la demanda que contienen las entregas del estudio de López de establecer el estudio de las lenguas indígenas en Argentina:

Esplicado localmente, toda su importancia, como eje de la civilización y de la época *quichúa* o *Kécbua*, se pierde en el aislamiento de las montañas americanas; y una fábula más o menos entre los grandes mitos que sirven a la vida de las naciones por todo el globo, es poca materia a los ojos de la filosofía de la Historia. Mas si ese mito perteneciera a las tradiciones primitivas de la humanidad, si como palabra y como punto histórico estuviese incluido en la vida positiva de los pueblos y fuese prueba incontrovertible de la unidad de lenguas, de razas y de ideas que liga a todas las naciones antiguas, el aspecto del problema y de su resolución habría cambiado profundamente y sería una de las adquisiciones más importantes y luminosas de la ciencia histórica. (p. 473)

Mediante el uso de la terminología y líneas de indagación (por ejemplo, al poner el acento en los numerales y pronombres como índice más fiable del parentesco entre lenguas) que le proveían tanto Max Müller como Burnouf,<sup>3</sup> la hipótesis con la que V.F. López pretende desafiar el saber establecido en el campo del estudio de las lenguas postula al quechua como una “lengua aria aglutinante”. Por descabellado que pueda sonar, la propuesta del escritor argentino, habida cuenta de todas las limitaciones en su formación y desarrollo – que él mismo declaraba– no dejaba de reposar en antecedentes prestigiosos. Tal como

---

<sup>3</sup> Esto puede verse ya en la misma decisión de hablar de lenguas “arias”, donde la incidencia de Burnouf y sobre todo de Müller se hace clara. Koerner da cuenta de la preferencia de Müller en este sentido del siguiente modo: “However, there was yet another term which had fairly wide currency in the 19th century, namely, ‘Aryan’. In fact, from the early 1860s onwards, the Oxford professor of Sanskrit, Friedrich Max Müller (1823-1900), used ‘Aryan’ in lieu of ‘Indo-European’, and it appears to be owing to his very popular writings on language, philosophy, and many other subjects that this term became widely used in the Anglo-Saxon world. Müller justified his preference (similar to the manner in which other scholars had justified their particular term) by saying that, if ‘Aryan’ is not a better term to denote the language family in question, it is at least the shorter one (Müller 1872, p. 11)” (Koerner 1989, 153-154).

señalaba ya Cordier (1920, 91), esta teoría “n’était pas plus abracadabrante que beaucoup d’autres que nous pourrions relever dans l’immense bibliographie américaine” (Cordier 1920, 91). Mónica Quijada señala con acierto dos antecedentes: uno, el del énfasis de Müller en la lengua como archivo de la cultura,<sup>4</sup> dos, el del antecedente de Schlegel en el señalamiento de “ciertas analogías perceptibles entre la cultura quichua y los pueblos sabios de la India” explicables a partir de una hipotética inmigración a América en tiempos remotos, que López identifica nada menos que con los Pelasgos (Quijada 1996: 253). Tomaba así un nombre plástico y prestigioso y ponía a trabajar en él esas dos convicciones fundamentales de la lingüística decimonónica junto a la hipótesis tipológico-evolutiva que encontramos entre sus más renombrados autores, según la cual toda lengua flexiva tuvo que haber sido antes aglutinante y polisintética: los incas son tan o más indoeuropeos que los españoles, y la prueba gramatical en contra de esto, la divergencia tipológica, no sería tal, dado que representan simplemente un estadio anterior. De este modo consideraba Max Müller a las lenguas llamadas “turánicas”, categoría que le servía para reunir todo lo que en Europa y Asia no fuera indoeuropeo en una tercera categoría común. En un ensayo al final del primer volumen de los *Outlines of the Philosophy of Universal History, applied to Language and Religion* (London, Longman et al., 1854), de Bunsen, Müller había desarrollado los avances de lo que llamaba “filología turaniana”. A grandes rasgos, la categoría servía a Müller en primera instancia para persistir en el determinismo histórico documentable en la lengua deslindándolo del biológico o racial. “Turánico” o “turánico” era un adjetivo que reunía en un hipotético parentesco a todas las lenguas que cayeran fuera del árbol indoeuropeo o semítico en el continente euroasiático (“The Arian and Semitic languages occupy but four peninsulas of the primeval continent – India, Arabia, Asia Minor, and Europe; all the rest belongs to the family of Tur”, p. 484) y fuera distinto del chino, desde el euskera y las lenguas finoúnglicas hasta las del sudeste asiático, llegando su extensión incluso hasta Norteamérica y dejando abiertas más posibilidades a nuevas exploraciones. Como sintetizaría eficazmente Maspero años más tarde, “le touranien est plutôt un stage qu’une forme définie du langage” (Maspero 1876, 134). Pero este estadio suponía también un estadio previo en la civilización: las lenguas turanianas son las lenguas “nómades”, las semíticas y arias las “políticas” (una distinción similar retoma V. F. López en la *Revista del Río de la Plata* en 1871). En todo este “mundo primigenio”, las trazas del parentesco originario entre las distintas familias turánicas

son mucho más distantes y difusas, por ser más antiguas y menos documentadas, que en el caso de indoeuropeos y semitas. Es de hecho el avance conquistador de estos el que va fragmentando un mapa rizomático y de contornos indefinidos, que al mismo tiempo, conjetura Müller, contendría los estadios iniciales de esas mismas civilizaciones. Es probablemente en esta hipótesis de los remotos y oscuros orígenes comunes que López se apoya para buscar en la también, desde la antigüedad, difusa figura de los pelasgos (cuyos rasgos, ubicación y hechos extrae del Herodoto de Rawlinson, publicado por primera vez en 1858), el ancestro común a incas e hindúes. Este ancestro común, migrando en dirección a oriente desde su origen mediterráneo, habría alcanzado aún en la temprana etapa aglutinante de las lenguas turánicas los Andes, pero ya llevando consigo el potencial civilizatorio indoeuropeo, detectable en sus representaciones de las divinidades, el universo, la organización política y la economía.

De este modo, así como la transliteración de la variedad oral de una lengua mayor hace aún más bárbara por contraste su expresión ante la variante escrita metropolitana,<sup>5</sup> López a la inversa “orientaliza” en la transcripción los nombres de la toponimia local para posarlos sobre un plano de consistencia con la literatura filológica indoeuropeísta de la época, rechazando al mismo tiempo el legado filológico español: así, por ejemplo, Famatina deviene *Phatma-tina* (p. 529), y al mismo tiempo des-orientaliza, al menos en parte, esa representación al presentar la de los incas como una expansión civilizatoria si no equivalente al menos alternativa, truncada por la conquista que, como hemos visto, les cae encima (p. 533). Esto le permite reintroducir el tópico del desierto civilizatorio previo a la llegada de los españoles, para negarlo y finalmente invertirlo, para por la vía de la identificación de la conquista con la barbarie que arrasa con todos los signos de una civilización (“los telares, la agricultura, la metalurgia...”, p. 542), llegar a la diferencia criolla en la lengua, antes mencionada. Será, por ejemplo, en el estudio de los numerales, que López simultáneamente corrija los errores de las gramáticas misioneras y establezca los parentescos con el camítico reportado por Bunsen y la vasta geografía turánica de Müller (que se apoyaba, justamente, en el estudio de estos elementos, para los que brindaba un útil cuadro al final de su ensayo), para insistir finalmente con la pertenencia del quechua a la misma raíz que las civilizaciones egipcia, griega, latina e hindú, hallando en esas analogías una “prueba evidentísima de la afinidad originaria del Keshua con todas esas familias de tribus heroicas que se nos presentan con tanto prestigio

---

<sup>5</sup> El ejemplo característico es en este caso el de las lenguas criollas (v. Ennis y Pfänder 2010, 2013).

político en ese gran terreno de la historia clásica de que hasta ahora hemos tenido desheredadas a las tribus mártires de la América del Sud” (1865, p. 196).

Así, el último trabajo de esta serie –el primero que mencionamos–, la “Geografía histórica del territorio argentino”, retoma la comparación del Incario con la India, recurrente en cuanto a las tecnologías, estrategias y desarrollo del conocimiento, pero esta vez desplazando esa comparación hacia el esquema clásico para afirmar la grandeza de la estructura del imperio centrado en el Cuzco, “esa Roma Americana, cuyo nombre significa también *urbs* et *orbs*; centro y corazón del mundo: *civitas*” (López 1869d: 517). El razonamiento de López conducía de los pelasgos a Roma, y de Roma (antes de Roma) al Cuzco, y a su vez del Cuzco a Cosquín. El Cuzco reproduce la división cuatripartita en Capitolio-foro-civitas-ager de la *urbs* como modo de la “asociación romana (digamos pelasga)” (ibíd.: 519), y lo traslada a los demás “centros coloniales” como queda documentado en su toponimia, en “sus nombres como otros tantos restos oseosos de un gran fósil” (ibíd.: 521). Trasladando esta maquinaria deductivo-argumentativa a la toponimia y topografía cordobesas, concluirá en que “la civilización y la lengua de los quichuas, se hallaban pues a las puertas de lo que hoy es Buenos Aires cuando cayó sobre ellos la conquista española” (ibíd.: 524).

El modo sudamericano de ser universal (v. Antelo 2008: 122) por el que está bregando aquí López sería accesible a través de la filología comparada, en un movimiento que se hace más claro en la siguiente entrega: las lenguas indígenas del presente no tienen nada que revelar más allá de su condición de archivo filogenético de la humanidad lingüística y culturalmente evolucionada. Los descendientes biológicos de los incas no son sus legatarios espirituales. Al igual que los hindúes del presente debían esperar a que William Jones les revelara el verdadero sentido de sus tradiciones, al igual que los egipcios del presente nada podían decir de sus jeroglíficos, los quechuahablantes del presente sólo cuentan con una lengua que encierra secretos que el especialista criollo debe descifrar:

solo tengo en derredor ruinas y silencio. [...] Ningún libro habla. La raza que quiero estudiar guarda delante de mí la mudez y la impasibilidad de las Esfinges: se ha olvidado hasta de sí misma: ha sido hundida en las profundidades geológicas de la historia crepuscular de los siglos; y sus vencedores la ataron a la cadena de la fatalidad que la lleva irremediamente a una muerte gradual, olvidada de sus tradiciones y hasta de las fábulas con que pudiera habernos dado el secreto de su vida. [...] En medio de estos sepulcros vivos de la antigüedad americana que llamamos Collas, Quichuas, Aimarás, nada más queda para poder penetrar el secreto de su origen (que tanto nos interesa) sino un idioma difícil y remoto que muy pocos entienden en el Río de la Plata (ibíd., 6)

De este modo, la hipótesis de V. F. López acerca de la pertenencia del quechua a la familia indoaria, y su final conjetura acerca de la decisiva huella que la misma imprime en la lengua argentina por venir operan una doble y útil distinción en la economía política de la lengua nacional: por un lado, arraiga en el suelo prehispánico el matiz propio de la pertenencia argentina a Occidente, a través de España, fundando en ese matiz la nitidez de un futuro contorno propio. Por el otro, descarta de plano en se deslinde cualquier posibilidad de contar, para esa construcción, con los indígenas mismos: sólo sus lenguas servirán para tentar esta arqueología. Si puede pensarse que así como el Romanticismo venía a ser el liberalismo en literatura (Hugo *dixit*, Larra repite, luego todos), la filología histórico-comparada era el liberalismo en el discurso autorizado sobre las lenguas, es porque su irrupción implica en primer lugar una democratización de lo representable, una expansión masiva del corpus observado y ambicionado, y en términos de la definición del objeto, una emulación bastante prolija de la transferencia de soberanía al pueblo. También implica la reunión de denodados esfuerzos en pos de la formación de un mercado unificado, expandido y en expansión, una superficie o lenguaje común (v., entre otros, Bauman y Briggs, 2003, cap. 5). Este liberalismo trabaja sobre la diferencia no negándola ni promoviendo abiertamente su exterminio o exclusión, sino incluyéndola, capitalizándola, haciéndola propia, lo que quiere decir nada más y nada menos que incluirla en el régimen de propiedad que le da su orden y condiciones de existencia. Normalmente, el aparato metafórico desplegado en torno a las formas del contacto con lo otro (popular, indígena, exótico) resulta bastante elocuente en cuanto a la naturaleza económica del discurso en que se integra y el lugar que le corresponde en esa economía (materia prima, extracción primaria de lo “natural” normalmente en el espacio rural, que debe ser manufacturado por el letrado metropolitano). Así, el origen pelásgico, turaniano e indoeuropeo a un tiempo, del quechua, hubiera permitido, en el afán de López, persistir en la emancipación política y cultural del legado español, reivindicando al mismo tiempo para sí –y no para los indígenas aún presentes– una herencia americana integrada a la historia universal. En ese tono, ese matiz –¿aquel en el que Borges quería oír la patria?– López encuentra el hilo entre una antigüedad clásica americana y un presente que aún pugnaba por ser moderno.

## Bibliografía citada

- Antelo, Raúl (2008). *Crítica acéfala*, Buenos Aires, Grumo.
- Bauman, Richard y Charles R. Briggs (2003). *Voices of Modernity*. Cambridge University Press.
- Borges, Jorge Luis (1996 [1928]). *El idioma de los argentinos*. Buenos Aires, Alianza.
- Bunsen, Christian (1854). *Outlines of the Philosophy of Universal History, applied to Language and Religion*, London, Longman et al.
- Cordier, Henri. 1920. “Maspero en Amérique”. En: *Journal de la Société des Américanistes*, 12, 91-113
- Degiovanni, Fernando y Guillermo Toscano y García (2010): “Las alarmas del Doctor Américo Castro: institucionalización filológica y autoridad disciplinaria”, *Variaciones Borges* 30, 3-42.
- Echeverría, Esteban (1991). *Obras escogidas*, Caracas: Bibliolteca Ayacucho
- Ennis, Juan (2018, en prensa). “Las novedosas ciencias del lenguaje y la política de sus usos: Vicente Fidel López en la Revista de Buenos Aires (1863-1869)”. *Boletín de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística* 12.
- Ennis, Juan y Stefan Pfänder (2010). “Zur fragwürdigen Legitimation des Laboratoriums Kreol(istik)”. En: Ludwig, Ralph y D. Röseberg (eds.). *Tout-Monde: Tout-Monde: Interkulturalität, Hybridisierung, Kreolisierung. Kommunikations- und gesellschaftstheoretische Modelle zwischen «alten» und «neuen» Räumen*. Frankfurt et al.: Peter Lang, 257 - 282
- Koerner, E.F.K. (1989). “Observations on the sources, transmission, and meaning of ‘Indo-European’ and related terms in the development of linguistics”. En: *Practising Linguistic Historiography. Selected Essays*. Amsterdam y Philadelphia: John Benjamins, 149-177.
- López, Vicente Fidel (1865). “Estudios filológicos y etnológicos sobre los pueblos y los idiomas que habitaban en el Perú al tiempo de la conquista”. En: *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, literatura y derecho* III, 29, 5-13; III, 30, 183-196; III, 31, 267-289; III, 32, 437-459; III, 33, 23-36.
- (1867). “Estudio sobre la colonización del Perú por los Pelasgos en los tiempos prehistóricos, demostrada por el análisis comparativo de las lenguas y de los mitos”. En: *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, literatura y derecho* V, 50, 143-169; V, 51, 305-319; V, 52, 442-463; V, 53, 73-81.; V, 54, 155-174; V, 55, 293-308; V, 56, 451-463.
- (1868). “Sistema astronómico de los antiguos peruanos”. En: *La Revista de Buenos Aires* VI, 63, 270-301; VI, 64, 408-434.
- (1869a). “Iniciaciones filológicas”. *La Revista de Buenos Aires* VII, 72; 412-422.
- (1869b). “Iniciaciones filológicas (carta segunda)”. *La Revista de Buenos Aires* VII, 73, 51-65.
- (1869c). “Dinastías peruanas según Montesinos”. En: *La Revista de Buenos Aires* VII, 79; 279-290.
- (1869d). “Geografía histórica del territorio argentino”. En: *La Revista de Buenos Aires* VII, 79, 515-544.
- (1871a). *Les Races aryennes du Pérou. Leur langue – leur religion – leur histoire*, París, Franck.
- (1871b). “Lengüística y política orgánica”. *Revista del Rio de la Plata. Periódico mensual de historia y literatura de América* I, 444-461.
- Maspero, Gaston. 1876. *Histoire ancienne des peuples de l'orient*. París: Hachette.
- Müller, Friedrich Max. 1855. *The Languages at the Seat of War in the East with a Survey of the three Families of Language, Semitic, Arian and Turanian*. London: Williams and Norgate.
- Pas, Hernán. 2012. “¿Ecos de Lautaro? Las lenguas indígenas como patrimonio cultural del nacionalismo criollo en el siglo XIX”. En: *Anclajes* XVI, 2, 73-92.
- Quesada, Vicente. 1863. “Apuntes sobre el origen de la lengua quichua en Santiago del Estero”, *Revista de Buenos Aires* 5, 5-23.
- Quesada, Vicente y Miguel Navarro Viola (1863). “Prospecto”, *Revista de Buenos Aires* 1.
- Quijada Mauriño, Mónica. 1996. “Los ‘incas arios’: historia, lengua y raza en la construcción nacional hispanoamericana del siglo XIX”. En: *Historica* XX, 2, 243-269.
- Wilde, Eduardo (1983). “El idioma y la gramática”, en Rubione 1983, 67-101.

Simposio de Investigación del ILH: “LA LENGUA DE LOS ARGENTINOS Y LAS LENGUAS INDÍGENAS: DEBATES GLOTOPOLÍTICOS EN LA CONSTITUCIÓN DEL ESTADO ARGENTINO”. Lunes 13 de agosto de 2018, Sala Ángel Rama, Instituto de Literatura Hispanoamericana-UBA.